

Argentina en movimiento*

HÉCTOR RICARDO LEIS

Universidad Federal de Santa Catarina

hector.leis@gmail.com

El texto analiza las condiciones generales de la política argentina a partir del surgimiento del peronismo. A través del concepto de movimiento se buscará, en particular, analizar los efectos del peronismo sobre las instituciones y prácticas de la democracia. El texto analiza las continuidades y diferencias entre actores y políticas en los diversos ciclos peronistas, focalizando al actual gobierno Kirchner.

Primero la patria, después el movimiento y por último los hombres. Dentro del peronismo, todo, fuera del peronismo, nada.

Juan Domingo Perón

I. Introducción

A la hora de explicar el fracaso histórico de Argentina, la mayor parte de la literatura desemboca en dos modelos explicativos diferentes, ambos de carácter estructural. Uno enfatiza más las causas económicas y otro las político-institucionales. No se tiene la intención aquí de discutir las premisas de ninguna de esas perspectivas. El hecho que la Argentina haya sido uno de los países más ricos del mundo y hoy esté luchando para sobrevivir como país del “tercer mundo”, es una prueba de que su modelo de desarrollo económico tiene mucho que explicar sobre su decadencia. Del mismo modo, de un país que tuvo uno de los mayores grados de inestabilidad política de la región, los analistas políticos tienen mucho para decir sobre los problemas

* El autor agradece a Paulo Roberto de Almeida, Mônica Herz, Didier Musiedlak, Robert Frank, José Augusto Guilhon de Albuquerque y Aníbal Pérez-Liñán por los comentarios realizados en la presentación de la primera versión de este trabajo, durante el seminario “Régimen político, modelos de desenvolvimiento y relações internacionais Europa-América Latina”, Universidad de Brasilia, Brasilia, 3-4 de noviembre de 2005. (Traducción de Natalia Chami, controlada por el autor).

de las instituciones del Estado y de los sistemas de partidos políticos, de modo general¹.

Siguiendo un camino alternativo, se intentará presentar aquí un abordaje basado en la condición general de la política argentina desde la segunda mitad del siglo XX hasta la actualidad². Condición que podría ser asimilada al sentido que Elias (1980) da a los *habitus*, ya que se pretenderá apenas llamar la atención sobre la existencia de factores que establecen fronteras o límites invisibles dentro de los cuales se desarrolla el accionar político de todos los actores³. Un ejemplo de lo que se quiere evitar aquí se encuentra en un ponderado trabajo de Levitsky (2005). A pesar que el autor perciba que las reglas del juego político argentino son inestables y, por tanto, concluya apelando al fortalecimiento de las instituciones, él afirma que, considerando la profundidad de las crisis económicas enfrentadas, la democracia argentina se demostró notoriamente fuerte en el período de 1983 hasta el presente. Desde la perspectiva del presente ensayo resulta difícil estar de acuerdo con cualquier hipótesis de robustez o fortalecimiento progresivo de las instituciones y procesos de la democracia en las últimas dos décadas. Esto supondría que en la Argentina existe acumulada una reserva de “energía democrática”, cuando el problema del país es, precisamente, que nada es lineal y lo que se acumula en un período se gasta en otro hasta entrar en *default* (y eso vale tanto para la acumulación democrática como para la acumulación económica). En otras palabras, si hay algo espantosamente evidente en la historia argentina de los últimos sesenta años es que ella transcurre dentro de un gran período de involución. Los pequeños ciclos de acumulación democrática y económica se pautan, a rigor, dentro de ese gran período de desacumulación. Es en este contexto que parece oportuno investigar la naturaleza de la política argentina.

* * *

¹ En el período de 1943 hasta 2003, Terragno (2005: 261) contabiliza que hubo diez gobiernos escogidos por las urnas, de los cuales apenas tres cumplieron el tiempo constitucional de sus mandatos. En el cuadro de Mainwaring y Hagopian (2005:3), sobre la secuencia de los diversos tipos de regimenes (democrático, semidemocrático y autoritario) que hubieron en los países de América Latina, se percibe también claramente la anomalía argentina. En ese período, Argentina aparece con una secuencia de 11 cambios de régimen, en cuanto que países vecinos como Chile y Uruguay aparecen con 3 y Brasil con 4. Perú es el único país en América Latina que supera a la Argentina con 13 cambios.

² Bonvecchi (s/d) presenta varias líneas de análisis de las crisis argentinas a partir de la naturaleza de los actores. Aunque próximas, ninguna de ellas podría ser considerada convergente con la perspectiva que se pretende hacer aquí.

³ Para Elias, a pesar que los *habitus* están fuera del cálculo y la conciencia de los individuos, ellos no presuponen la existencia de cualquier condicionamiento metafísico, en la medida que esas fronteras no son fijas, sino fluidas, sujetas a las contingencias históricas.

El peronismo se estructura históricamente a partir de la idea de movimiento. Agamben (2005) comenta que el término movimiento tiene una fuerte presencia histórica en la política del siglo XX, a pesar de no haber sido debidamente definido hasta el día de hoy. Aunque con larga tradición en las ciencias y en la filosofía, su uso en la política aparece apenas en el siglo XIX (una de las primeras apariciones ocurre en la Revolución de 1830 en Francia, en la cual los defensores del cambio se denominaban “partido del movimiento” y sus adversarios “partido del orden”). Agamben recuerda que Lorenz von Stein (un autor que influyó tanto a Karl Marx como a Carl Schmitt), pensaba el movimiento en contraposición a la noción de Estado. Siendo este último un elemento legal y estático, por el contrario, el movimiento se constituía como expresión de las fuerzas dinámicas de la sociedad. De esa forma, el movimiento es siempre un movimiento social, en antagonismo con el Estado, y expresa una supuesta primacía de la sociedad sobre las instituciones jurídicas y estatales. Agamben llama la atención para la constatación de Arendt (1973), quien aporta evidencias que en las primeras décadas del siglo XX los movimientos adquieren en Europa un desarrollo extraordinario, afectando la importancia estratégica de los partidos políticos. Un dato importante de ese fenómeno es que ocurre tanto a la derecha como a la izquierda del espectro (fascismo, nazismo y comunismo se autodefinen principalmente como movimientos y sólo secundariamente como partidos).

Según Agamben, el principal intento de definir el concepto de movimiento en el ámbito político y también jurídico está registrado en un texto de Carl Schmitt del año 1933 (“Estado, Movimiento, Pueblo”). De acuerdo con Agamben, para Schmitt la política del Reich nazista se funda sobre tres elementos: Estado, movimiento y pueblo. El Estado, que es definido como la parte política estática. El pueblo, que es el elemento no político, que crece bajo la protección del movimiento. Y el movimiento, que es el verdadero elemento político dinámico, que toma forma específica a partir de su conducción (para Schmitt, el Führer es la personificación del movimiento). Según Agamben, una consecuencia extremadamente relevante del análisis anterior es que la primacía del movimiento se da en función de la neutralización del pueblo. En cierta forma se podría decir que la democracia entra en decadencia cuando nacen los movimientos. El presupuesto de que los movimientos establecen el fin del concepto de pueblo como cuerpo político parece ser compartido tanto por la tradición revolucionaria de izquierda, como por el fascismo y nazismo. Los movimientos nacen

de la certeza de que el concepto democrático de pueblo como sujeto político es anacrónico.

La Alemania de Hitler y la Rusia de Lenin y Stalin demostraron que la supresión movimentista de la democracia no es un hecho de pocas consecuencias. Sin embargo, poco se hizo en el campo de la ciencia política para comprender en un sentido sistemático el papel histórico de los movimientos en relación con la democracia. Las consecuencias de los movimientos se miden en términos de su capacidad para dividir el pueblo en facciones irreconciliables que impiden el normal funcionamiento de las instituciones democráticas. Son bien conocidas las profundas divisiones racistas y de clase, de nazismo y comunismo respectivamente, pero son menos identificados con la presencia de movimientos otros tipos de separaciones étnicas, religiosas o ideológicas. Ciertamente, existen excepciones a esta dinámica, especialmente cuando se trata de movimientos portadores de valores más universales de los que eventualmente se encuentran en vigor en determinada comunidad y que, al mismo tiempo, establecen metas mucho más claras que, una vez cumplidas, llevan casi automáticamente a la autoextinción (un buen ejemplo de esto fueron los movimientos abolicionistas en el siglo XIX)⁴.

* * *

De forma diferente a muchos otros países latinoamericanos, que nunca consiguieron encontrar el tiempo y la sabiduría suficientes para sentar las bases de un Estado moderno, parte de la desgracia de la Argentina reside en el hecho (paradojal) de que supo hacer eso en el pasado. La frustración de los argentinos hoy es proporcional a sus logros en el pasado. Considerando que el resentimiento de raíz indígena está ausente en la Argentina (país escasamente poblado en la época de la colonización y marginal de las culturas andinas más avanzadas), puede afirmarse que el grado de resentimiento que marca la política de las últimas décadas es fruto, en gran medida, de una dinámica que sacrificó las instituciones en

⁴ El abolicionista brasileiro Joaquín Nabuco iba mas allá y recomendaba también el olvido, para cuando éste movimiento cumpliera sus objetivos: “Señores, no es ninguno de nosotros quien mata la esclavitud, es el espíritu de nuestro tiempo, y por eso el nombre verdadero del Abolicionismo es Nadie. (...) Lo que yo deseo es que después de la terrible lucha entre abolicionistas y esclavistas la emancipación sea realizada entre las alegrías de la nación unida, y que nosotros todos, como los atenienses para conciliar las divinidades enemigas, levante-mos en el lugar de la discordia el altar al olvido” (Nabuco, en Marson, 2001: 175).

nombre del movimiento. En el mejor sentido de la palabra, se trata de un resentimiento civilizatorio.

En una sucinta ecuación (que parece más un círculo vicioso) se verifica que: cuanto más eficiente sea la acción del movimiento en relación al Estado, mayor será el resentimiento de los individuos y, en consecuencia, menores las chances de la democracia y mayores las del autoritarismo. El análisis del movimiento se resignifica cuando se focalizan las causas del resentimiento y su compleja dialéctica con el Estado. En parte, los reclamos contra el Estado en los países periféricos se basan en la ignorancia sobre las potencialidades civilizatorias de las instituciones democrático-liberales, pero pocas veces se percibe que los mismos son canalizados con frecuencia por los propios responsables o cómplices del daño. Fue Nietzsche (1978) quien introdujo de forma coherente, por primera vez, elementos para explicar la vida social y política a partir de un análisis de los sentimientos⁵. En principio, Nietzsche se ocupa del odio y el conjunto de sus derivados (celos, venganza, envidia, etc.). Sin embargo, no es cualquier odio el que le interesa, sino el odio de los seres inferiores, transformado en resentimiento a través de una sugestiva operación, primero de negación, y después de transformación en un valor “positivo”.

Posteriormente, la literatura amplió el concepto de resentimiento, adoptando una mayor diversidad de enfoques. Mientras que para Nietzsche la decadencia de Occidente está basada en el crecimiento del resentimiento de los débiles y de los vencidos, que germina y circula por varios movimientos, para Elias (1997) el resentimiento se vincula también a otras civilizaciones y a los sectores sociales dominantes. En ambos casos, el actor se declara siempre víctima, sin asumir cualquier responsabilidad. El resentimiento, eventualmente, puede ser síntoma de un problema en el cual la víctima es completamente inocente. Sin embargo, no parece ser necesario tener que demostrar que el análisis de la propia responsabilidad debería venir siempre en primer lugar. Respecto del caso de Alemania, Elias (1997) destaca que los antecedentes de algunos países parecen predisponer más que otros al resentimiento (ver también Haroche, 2001). Como si estuviese hablando de la Argentina de hoy, Elias comenta que una sociedad, como la alemana de las primeras décadas del siglo XX, donde los individuos pasaban de un extremo a otro muy rápidamente, oscilando entre humillaciones y grandezas exageradas, viviendo a la sombra de un pasado glorioso con un sentimiento de su propio valor que nadie en el mundo parecía querer reconocer, estaba expuesta al resentimiento.

⁵ Aquí se siguen los argumentos elaborados en Leis (2002).

La “defensa” de las víctimas (sea para proteger el medio ambiente o para implantar el comunismo) carga siempre un potencial de resentimiento, el cual se corporiza cuando el movimiento consigue dividir la “torta” de la sociedad en pedazos “buenos” y “malos”, quitando la culpa a los primeros y culpando exclusivamente a los segundos por sus frustraciones. Obviamente, no se pretende comparar el poder “destrutivo” del comunismo con el del ambientalismo, pero aún así cabe observar que muchos movimientos sociales de las sociedades democráticas contemporáneas viven en el limbo de las paradojas, respecto de las eventuales implicaciones de su capacidad para generar resentimiento. No será la supuesta intención democrática de los actores que irá a impedir el establecimiento de una dialéctica entre movimiento y resentimiento, perversa para la democracia⁶. Tal vez, la forma más fácil para registrar el lado oscuro de los movimientos sea visualizando su conexión con la venganza. Asumiendo el Estado como estático, los integrantes del movimiento encaran sus frustraciones en soledad. Descalificando el papel del Estado son llevados a desear venganza más allá de los límites de la ley. Pero la venganza es portadora de actitudes y valores incompatibles con la necesidad democrática de que, después de la correspondiente deliberación, los miembros de una sociedad puedan obrar en conjunto para enfrentar sus problemas. En algún momento, la lucha política exige una elección entre las varias alternativas en juego, pero para que las decisiones tomadas tengan legitimidad y expectativa de éxito en el largo plazo, se requiere la existencia de una comunidad sin resentimiento, con capacidad para perdonar⁷ los abusos mutuos cometidos durante el enfrentamiento.

II. Argentina en movimiento

Contrariando el más reciente sentido común argentino, que culpa al neoliberalismo por los dramas del país, se puede afirmar que fue el exceso

⁶ Ciertamente, esa dialéctica no es la única posible. La literatura de los movimientos sociales trata de forma abundante otra dialéctica de características virtuosas, que vincula el movimiento con el reconocimiento. Por eso, sin negar esta condición de algunas prácticas de los movimientos sociales, puede ser afirmado sin sombra de dudas que ella nunca es exclusiva. La acción de los movimientos es siempre bifronte y, dentro de una perspectiva histórica global, la balanza parece inclinarse mucho más para el lado del resentimiento, que del reconocimiento.

⁷ Según Arendt (1959), el perdón, facultad exactamente opuesta a la venganza, fortalece al colectivo. Los griegos ya sabían que ningún Estado es sólido si las alegrías y sufrimientos individuales no fuesen también alegrías y sufrimientos colectivos.

de movimiento lo que llevó a la degradación de las instituciones del país y a la ruina de su economía y tejido social. El peronismo puede ser responsabilizado por la experiencia de mayor “éxito” en América Latina de sustitución de una dinámica liberal por otra movimientista. En los años ‘40, en la Argentina no hubo apenas un cambio de régimen político o la llegada al poder de un dictador. Aprovechándose de los enormes recursos económicos y financieros disponibles en el Estado, el peronismo consiguió pagar la fiesta del ascenso social de las masas, aumentando exponencialmente sus deseos y transformando a éstos en derechos. Según Germani (1965), con el peronismo las masas populares fueron integradas en un contexto totalitario de grandes “certezas”. Frente al posterior e inevitable colapso económico y político del Estado populista, las masas se quedaron con las “certezas”, pero sin la posibilidad de atender a sus deseos. La puerta del resentimiento estaba abierta.

El peronismo fue un auténtico maestro de la dialéctica que vincula movimiento y resentimiento. El movimiento peronista llevó a la Argentina a los niveles de resentimiento existentes más de un siglo atrás, durante la guerra civil que siguió a su independencia (con el agravante que el resentimiento del siglo XIX prácticamente no destruyó nada, ya que todo estaba por hacerse todavía, pero el resentimiento del siglo XX destrozaría una gran obra en construcción). A partir de la caída de Perón en 1955, el país entró en una larga guerra civil larvada entre peronistas y antiperonistas (Lagos, 2003), que potencializaría el resentimiento que ya existía en ambos lados, convirtiendo en errático el rumbo de la política del país. El drama argentino deriva del hecho (paradojal y trágico) de que, cuanto mayores sean los impasses de la realidad producidos por el resentimiento, mayor será la necesidad de recurrir al movimiento para superarlos. El movimiento peronista se legitima salvando al país (cíclicamente) de los males que él mismo produce (también cíclicamente). En la solución de cada ciclo está el problema del ciclo siguiente, en la medida en que, aunque con signos diferentes, las soluciones siempre derivan del mismo tipo de actividad: el fortalecimiento del movimiento por encima de las instituciones del Estado.

La sucesión perversa de fracasos que se registran en la historia argentina en las últimas seis décadas es tanto el efecto como la causa de los sucesivos cambios de “personalidad” que cíclicamente renuevan las fuerzas del peronismo, el cual fue de derecha a izquierda, y de ésta para el centro sin solución de continuidad. El fascismo, en el peronismo de los años ‘50, cumplió la misma función que el socialismo, en el peronismo de los ‘70, y que el liberalismo, en el peronismo de los años ‘90. Esto es, el peronismo nunca

fue al encuentro de una identidad o proyecto nacional definido sino de aquello que mejor pudiese garantizar su existencia como movimiento. No puede entonces causar sorpresa que, frente a tanto movimiento, el resentimiento argentino entrase en un *crescendo*, abarcando al conjunto de la sociedad a través de las más variadas circunstancias.

* * *

En un reciente libro, Escudé (2005) describe a la Argentina actual como un “Estado parasitario”, comparando su situación con la de los países que la literatura acostumbra llamar de Estados delincuentes o fracasados. Según el autor, las instituciones del país se degradaron a tal punto que se legitimó la violación sistemática de la ley por parte de las organizaciones de protesta denominadas “piqueteros”⁸. Escudé define el parasitismo de la Argentina por el hecho de ser un país que, a pesar de tener enormes recursos naturales *per capita*, sumerge a la mayoría de su población en la miseria y vive a expensas del resto del mundo. Una afirmación de Escudé sobre la condición anómala de la Argentina reside en el hecho irrefutable de que si todos los países actuarán de la misma forma no existiría un sistema económico y financiero mundial. El dato más reciente de esta condición parasitaria fue la expropiación de 450.000 pequeños ahorristas italianos y 350.000 japoneses, a propósito de la negociación de la deuda pública. Escudé da elementos para pensar el parasitismo argentino desde una perspectiva bien amplia. Él recuerda, por ejemplo, que en las últimas tres décadas el Estado recurrió, en tiempos de crisis, a medidas inconstitucionales para hacer transferencias macizas de ingresos de los más pobres, para los más ricos, a fin de estabilizar la economía y salvar empresas. Un dato interesante es que esa redistribución negativa ocurrió en 1975, 1982, 1985, 1989, 2001-2002 y en 2005; esto es, que ella fue un producto tanto de la dictadura, como de la democracia. El supuesto carácter antipopular que el sentido común argentino atribuyó a las dictaduras en el plano económico, en contraposición a las democracias, no se ajusta a la verdad.

⁸ Los piqueteros son movimientos de protesta cuyos antecedentes se remontan a los saqueos de supermercados y a los comedores populares de 1989, en el último año del gobierno de Alfonsín, pero que se expanden en la segunda mitad de los '90, durante el gobierno de Menem y alcanzan su apogeo a partir de la crisis desatada en el gobierno de De la Rúa. En cierta forma, los piqueteros son el *alter ego* de Kirchner (de la misma forma que la Juventud Peronista y los *Montoneros* fueron, para la generación anterior, el *alter ego* de Perón en los años '70).

Escudé observa que esos ciclos de vaciamiento de ahorro interno están directamente subordinados al carácter corrupto y degradado del Estado. Por eso, esos mecanismos operan una y otra vez, independientemente del régimen que se trate. Así, la “pesificación” asimétrica del Ministro Lavagna, que posibilitó la salida de la convertibilidad, produjo una transferencia de la renta para “arriba” con resultados muy semejantes a estatización de la deuda privada realizada por Cavallo, cuando era funcionario en el régimen militar (medida ésta que, fue continuada y completada por el gobierno de Alfonsín). Menem hizo algo bastante parecido en el comienzo de su gestión, congelando depósitos de plazo fijo para dar solvencia al Estado (Isabel Perón, aunque de forma diferente, también produjo resultados semejantes).

Saliendo del plano económico, las perversiones del Estado tampoco son patrimonio exclusivo de la época de la dictadura militar. Los ataques terroristas (hasta ahora impunes) contra la Embajada de Israel (1992) y la Asociación Mutual Israelita Argentina - AMIA (1994), los cuales dejaron más de una centena de muertos, contaron con una clara complicidad por parte de diversos sectores. No solamente los efectivos de la Policía Federal que cuidaban esos lugares se retiraron poco antes de las explosiones (dando con eso una señal clara del conocimiento previo de los atentados por parte de las autoridades), sino que después de los mismos también hubo esfuerzos visibles por parte del gobierno de Menem (que continuaron en la gestión de De la Rúa y, en cierta forma, también en la de Duhalde) para dificultar o destruir pruebas, llegando inclusive a apartar a funcionarios que pretendieron avanzar en las investigaciones⁹. Durante el gobierno de Menem también aconteció un hecho aberrante, para el Estado de derecho, involucrando a las fuerzas armadas y al propio presidente. A través de decretos firmados en los años 1991 y 1995, el gobierno de Menem autorizó la venta de armas a Panamá y Venezuela, las cuales fueron enviadas para Croacia y Ecuador, países que sufrían embargo por estar en guerra. Así, por ejemplo, 75 toneladas de fusiles y municiones de fabricación argentina aterrizaron en Ecuador en momentos que ese país mantenía enfrentamientos con Perú (con el agravante en este caso que Argentina era uno de los países que arbitraban el conflicto). Como si esto fuese poco, con ánimo de dejar más en evidencia el carácter delictivo del Estado argentino, en 1995 explota “accidentalmente” la fábrica de armas involucrada en esos incidentes, impidiendo así la contabilidad del stock contrabandeados. Más recientemente,

⁹ Escudé (2005: 20-21) presenta una lista detallada de circunstancias que probarían la complicidad del Estado argentino con los autores de esos atentados.

algunos miembros de las fuerzas armadas dejaron en evidencia que no apenas había disponibilidad para operar en el contrabando de armas, sino también en el de narcóticos. De hecho, el Estado tenía relajado el control de equipajes en la aduana de Ezeiza (eso quedó probado en 2002 cuando funcionarios de la CIA colocaron armas en sus equipajes de mano, los cuales pasaron sin problemas por los *scanners* del aeropuerto). Pero en el inicio de 2005, parte de la cúpula de la Fuerza Aérea apareció envuelta en un contrabando gigantesco de cocaína para Europa, a partir del Aeropuerto Internacional de Ezeiza, al descubrirse que existía un área “liberada” en el aeropuerto para “algunas” valijas de la línea aérea Southern Winds, con destino a Europa.

* * *

Argentina tuvo en los años '70 uno de los movimientos guerrilleros más relevantes de aquella época. La bibliografía sobre terrorismo colocaba a los grupos argentinos apenas detrás de los palestinos y los irlandeses (ver, por ejemplo, Laqueur, 1979). ¡A los revolucionarios argentinos les gustaría que esa circunstancia fuese atribuida a la mayor conciencia revolucionaria de la masa y sus militantes! Pero existen también otras explicaciones. El crecimiento de las organizaciones guerrilleras en los años '70 no se puede desvincular de la fuerte motivación para la lucha armada que producía el resentimiento al que había llegado la sociedad argentina en aquel momento después de sucesivos enfrentamientos civiles y golpes militares¹⁰. Lo mismo aconteció en los años '90 con el fenómeno piquetero. Más allá que los piqueteros estén o no infiltrados por militantes revolucionarios, sindicalistas o delincuentes, en cuanto grupo, ellos no son ninguna de esas cosas. Ellos son desempleados con fuertes dosis de resentimiento, que reciben asistencia del Estado de forma casi vitalicia y que manipulan y son manipulados por líderes políticos locales o nacionales. Escudé (2005) los denomina como parasitarismo proletario. Cheresky (2005) apunta que ninguno de los líderes venidos directamente de los piqueteros tuvo resonancia electoral importante. A través de sus acciones ellos pueden tener un fuerte impacto en el espacio público, pero eso no implica cualquier afinidad con las instituciones del Estado democrático.

¹⁰ Enfrentamientos con alto grado de barbarie viniendo tanto del lado “gorila” antiperonista como del peronista, que iban desde la quema de Iglesias y secuestro de cadáveres hasta ejecuciones a sangre fría y atentados a bomba.

Al igual que el sindicalismo en los años '50 y la juventud peronista en los años '70, los piqueteros también tuvieron legitimidad de origen en los '90. El dato importante aquí es que todos esos movimientos rápidamente se degradaron, perdiendo su sentido original. En todos los casos ellos nacieron reivindicando demandas de ciudadanía, que se disolvieron rápidamente en la dinámica del movimiento. Los sindicalistas nacieron de las demandas por la organización de la clase trabajadora, en un contexto de manipulación por parte de Perón, pasando poco después a ser grandes manipuladores de los recursos del Estado. Los militantes de la Juventud Peronista nacieron de la proscripción de los derechos políticos del peronismo, también fueron manipulados por Perón y después pasaron a fortalecer su opción revolucionaria con recursos políticos del Estado (en 1973, en el gobierno de Cámpora, algunos ministros y gobernadores eran aliados o directamente subordinados a la Juventud Peronista y los Montoneros). De la misma forma, los piqueteros también nacieron como protesta social contra el desempleo y la hiperinflación, pasando después a ser manipulados por líderes peronistas y, por último, ellos mismos ser manipuladores del Estado a través del chantaje político. En 2004 existían aproximadamente 200.000 planes asistenciales administrados por las propias asociaciones piqueteras (Escudé, 2005; Quiroga, 2005). Considerando que el Estado administra algo menos de 2.000.000 de planes individuales, se concluye que aproximadamente un 10 por ciento de la asistencia social argentina es paga para “piquetear”. Administrando esos planes, las organizaciones comprometen a quien los recibe a formar parte del piquete, esto es, a “trabajar” como profesional de la protesta y perturbar las instituciones de la república! Argentina es el país de los récords: en los años '50 fue uno de los países con más trabajadores sindicalizados *per capita*; en los años '70 fue uno de los países con más guerrilleros *per capita*; y ahora es uno de los países con más profesionales de la protesta social *per capita*. A pesar de las notables diferencias existentes entre los actores que emergen a la sombra del peronismo en sus diversos ciclos, todos ellos tienen en común el hecho de haber surgido con legitimidad de origen. No obstante, utilizando los recursos del Estado contra el propio Estado, ellos rápidamente desmoralizan y agotan las energías de la nación, desviando la atención de los verdaderos problemas e impidiendo la acumulación de fuerzas en torno de la democracia y el crecimiento de la economía.

* * *

Kirchner declaró en abril de 2005 que “es en la memoria de Malvinas donde se ubican valores que debemos rescatar para avanzar con la frente alta hacia la soberanía” (Palermo, 2004a). Ciertamente, en la Argentina el tema de las Islas Malvinas es mucho más que un símbolo, es una indicación de como el país encara su misión en el mundo. Palermo (2004a) comenta que la política argentina nunca estuvo tan “malvinizada” como ahora. Es verdad que la actitud de los gobiernos anteriores nunca fue en la dirección de “desmalvinizar” el país. Menem, a pesar de su mayor realismo en asuntos internacionales, mantuvo siempre en primer plano de la agenda pública la pretensión de recuperar las islas. Pero el gobierno de Kirchner expresa una línea de confrontación mayor con el consenso internacional cuando no permite, por ejemplo, que Lan Chile realice vuelos charter para las islas, sobrevolando territorio argentino. O cuando no acepta negociar un acuerdo de cooperación con lo isleños para una explotación moderada de recursos de pesca, pero autoriza capturas de barcos en las proximidades, que crean dificultades y prejuicios a sus intereses (Palermo, 2004a). Pero Kirchner no está actuando aislando, la mayoría de los argentinos apoyan ese tipo de política con relación a las Malvinas. El resentimiento habla también aquí más alto que la sensatez.

Sea por oportunismo o por convencimiento, las principales líneas de la política externa durante el gobierno de Menem (1989-1999) estaban estructuradas sobre bases más pragmáticas que las de costumbre, en función de las premisas del capitalismo globalizado y de la aceptación de la hegemonía de los Estados Unidos en el mundo. Lo que se ve ahora con el gobierno de Kirchner es la vuelta a la “normalidad”. Perón pautó la política externa argentina en una dirección antiamericana y de no respeto por los acuerdos internacionales. El gobierno de Kirchner demostró cierta dosis de pragmatismo para negociar la salida del *default*, pero la tendencia general de su política externa no parece expresar una comprensión del papel de la política externa del país en las actuales circunstancias. La política argentina en relación al Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) parece haberse subordinado a los tradicionales preconceptos de la política externa brasileña, evidenciando dificultades para asumir un pragmatismo pro activo en defensa del interés nacional (y no solamente defensivo, como fue el caso de la negociación del *default*). Más aún, se verifica en la actual política externa una baja capacidad para sustentar procesos de negociación, inclusive sobre cuestiones y países con los cuales no se podría hacer otra cosa (como es el caso de las papeleras con el Uruguay, país al cual Argentina no podría estar más unida por lazos históricos y acuerdos diplomáticos). A la luz de la in-

tensificación del conflicto con Uruguay, la progresiva y peligrosa aproximación a la Venezuela de Chávez puede ser interpretada también como parte de un proceso de creciente nacionalismo con base economicista, pero con rasgos también belicistas. Por increíble que pueda parecer, tanto Brasil como Argentina vienen buscando en los últimos tiempos a Venezuela como socio privilegiado. Un primer paso de este “eje del sur” fueron los acuerdos para vincular las empresas estatales del sector petrolero de cada uno de los países (PEDEVESA, PETROBRAS y ENARSA). La novedad que esto implica (especialmente para Argentina), se entiende mejor a partir del convenio firmado por Kirchner y Chávez (en la reunión en Brasilia de los presidentes de los países de la Comunidad Sudamericana de Naciones, en septiembre de 2005), que permitiría retomar la iniciativa del Estado en ese sector (teniendo como horizonte posible la estatización o reestatización de algunos sectores de empresas privadas). Las varias compras de títulos públicos argentinos (en valores de miles de millones de dólares) por parte de Venezuela, con la supuesta intención de crear un “banco del sur”, refuerzan el vínculo (y la dependencia) de Kirchner con Chávez. En este contexto, en la última Cumbre de las Américas, realizada en noviembre de 2005, en Mar del Plata, se verificó una aproximación simbólica muy fuerte de la Argentina con el discurso antiimperialista de Chávez (quien tuvo atención completa de los medios —el discurso de más de dos horas de Chávez, al lado de Maradona, fue transmitido íntegramente— en contraste con la evidente falta de espacio dada a otros presidentes, supuestamente proimperialistas, como Fox o Lagos). Si a esto sumamos la designación, en diciembre de 2005, de Jorge Taiana como Ministro de Relaciones Exteriores (un hombre de ideología claramente antiimperialista y partidario de una alianza estratégica con Chávez), en substitución de Rafael Bielsa (un moderado), las sospechas de que la política externa argentina está abandonando definitivamente el pragmatismo de los años 90, en dirección de un nacionalismo utópico, comienzan a tornarse realidad.

Es posible imaginar que este giro, de fuertes consecuencias negativas en el plano de la política externa, estuviera más determinado por condicionantes internos que externos. Amarrar la política externa a las necesidades de la política interna ha sido una tentación permanente para la Argentina, desde aquel momento fundacional cuando Perón, en 1946, convoca a las masas a elegir entre Braden (el entonces embajador de los Estados Unidos en la Argentina) o él. Como bien señala Escudé (2005), cuando la turba puede derrumbar un presidente (como ocurrió con De la Rúa) el Estado queda rehén de la política interna. De este modo, el resentimiento

de las masas acaba siendo un factor condicionante importante de la política externa, impidiendo que ella se proyecte racionalmente por encima de las pasiones de corto plazo.

* * *

A pesar de ser personajes enfrentados históricamente y de generaciones diferentes, Menem y Kirchner comparten muchas más cosas de lo que ellos gustarían. Naturalmente, ambos son peronistas (aunque de *background* ideológico-generacional bastante diferente) y poseen estilos personalistas de conducción política. Ambos se hicieron cargo de la primera magistratura en situaciones de caos económico y social: Menem en el medio de una hiperinflación que parecía irrefrenable y de saqueos a supermercados; Kirchner en el medio de un *default*, las quejas de los que tenían sus ahorros parcialmente confiscados por la pesificación y las perturbaciones al orden público de los piqueteros. Ambos se parecen en el hecho de que en poco tiempo consiguieron traer nuevamente el optimismo a la sociedad argentina. Tras haber negociado la deuda pública y vuelto el crecimiento económico al país, el pueblo y la opinión pública en general comenzaron a apoyar a Kirchner con entusiasmo (lo que quedó claro en la elección para diputados y senadores del día 23/10/2005). ¿Pero será que es oro todo lo que reluce? La Ley de Convertibilidad pareció también una buena idea en su momento (tan buena parecía que cuando dejó de funcionar los argentinos descubrieron que no tenían un plan b).

Scibona (2005) comenta que Kirchner no está consiguiendo hacer las reformas que el país precisa. Antes que liberar las fuerzas del mercado, Kirchner parece estar interesado en politizar la economía¹¹. No hay otro nombre para la resucitación de políticas de control de precios en un país como Argentina, como quedó en evidencia con las presiones de todo tipo recibidos por los productores de carne en 2006, para rebajar precios que habían subido de acuerdo a las leyes de oferta y demanda del mercado. Otro caso también significativo fue el tratamiento dado a las antiguas estatales de servicios, prácticamente obligadas a permanecer con sus tarifas congeladas (lo cual llevo a la reestatización de la empresa Aguas Argentinas y puede estar llevando al sector energético a una crisis por falta de inversiones). *Last*

¹¹ Una confirmación indirecta de esto es la reciente substitución (en diciembre de 2005) del moderado, pero destacado economista Roberto Lavagna, en el Ministerio de Economía, por la economista de bajo perfil, pero militante, Felisa Miceli quien, pocos años atrás, al asumir la presidencia del *Banco Nación*, declaró que “aspiraba a ser una economista del campo nacional y popular” (Diario *La Nación*, 04/10/2005).

but not least, otro pequeño ejemplo muy ilustrativo, fue el boicot de la empresa petrolera Shell, por parte de piqueteros aliados al gobierno, para que cambiase su política de precios.

Argentina parece tratar a los agentes económicos internacionales y nacionales con la misma arrogancia que trató a los acreedores de la deuda pública¹². Describir el proceso de negociación de la deuda ocuparía más espacio del aquí disponible, pero es sabido que no fue hecho de forma honrosa, ni podrá traer ventajas para la Argentina en el largo plazo. Terragno (2005) interpreta la negociación con el FMI como una simulación, ya que los argentinos pasaron a creer que por primera vez el país enfrentaba al Fondo y reducía “soberanamente” la deuda. En realidad, la deuda de la Argentina con el Fondo, que equivalía a un 20 por ciento del total de la deuda pública, siempre tuvo sus servicios pagos puntualmente. Lo que el sentido común no registra es que aquello que fue reestructurado (o, mejor dicho, confiscado) por el gobierno correspondía en un 48 por ciento a los propios argentinos. Esto es, cuando Kirchner, para “alegría” de la mayoría de los argentinos, “asustaba” al Fondo y a los acreedores internacionales desde la tribuna, diciendo que iría a pagarles menos porque no merecían recibir más, en verdad el Fondo continuaba recibiendo y quienes se perjudicaban eran los propios argentinos.

La historia argentina de las últimas décadas enseñó a los hombres públicos no solamente a ubicarse por encima de las leyes, sino que también enseñó a los ciudadanos a desconfiar de la justicia. Una reciente investigación de opinión realizada sobre una extensa muestra de ciudadanos y de abogados en ejercicio activo de su profesión, muestra que el 83 por ciento de la población cree que la justicia no es independiente del poder político, y que el 88 por ciento de los abogados creen lo mismo (esto es, los abogados creen todavía menos en la justicia que el ciudadano común)¹³. En la Argentina las leyes están tan descalificadas que, no solamente no se cumplen sino que, a veces, ellas son hechas para engañar a aquellos que todavía creen en ellas. Fue así con la Ley de Intangibilidad de los Depósitos, aprobada en 2001, para convencer a los ahorristas (que después irían a ser confiscados) que no necesitaban retirar sus depósitos en dólares de los bancos, porque los

¹² Lo cual externamente se traduce en temor y desconfianza de los inversores extranjeros en el futuro del país. Ver declaraciones en este sentido de John Murphy, Vicepresidente para Asuntos del Hemisferio Occidental de la Cámara de Comercio de los Estados Unidos (Diario *La Nación*, 11/10/2005).

¹³ Investigación solicitada por la Federación Argentina de Colegios de Abogados y realizada por el centro de estudios del prestigioso analista Rosendo Fraga (ver los datos en *La Nación* de 21/10/2005).

mismos estaban garantizados por ley (!). Esta inseguridad jurídica no fue siquiera revertida en el gobierno de Kirchner, por el contrario, fue continuada. Los ejemplos de esto van más allá del campo económico (donde por lo menos el gobierno tendría la excusa del argumento de fuerza mayor), invadiendo campos de valor casi simbólico, guiado por la simple voluntad de someter la ley a la voluntad propia.

Hablando por primera vez ante la Asamblea de las Naciones Unidas (el 23 de septiembre de 2003), Kirchner vinculó el tema de los derechos humanos con la recuperación de las Islas Malvinas. Palermo (2004a) recuerda que el tema de los derechos humanos pertenece a la ética de la convicción. En consecuencia, cuando se iguala un tema de esa esfera con otro perteneciente a la ética de la responsabilidad, quien sale perdiendo es el Estado de derecho y quien gana es el movimiento. La predominancia de este *quid pro quo* típico de la lógica movimientista quedó clara cuando Kirchner pidió al Congreso la anulación de las Leyes de Obediencia Debida y Punto Final, sancionadas por Alfonsín para impedir que continuasen los juicios a los militares. Para Kirchner no era suficiente derogar esas leyes, tenía que anularlas, creando así una violencia jurídica al hacer que una ley tenga efecto retroactivo sobre otras, igualmente dictadas por un parlamento constitucionalmente soberano. Al contrario de lo que ocurrió con Alfonsín, que sancionó esas leyes en un clima de sublevaciones militares, nadie presionó a Kirchner para hacer esa violencia jurídica (Palermo, 2004a). Kirchner prefirió anunciar a todos que, cuando quiere, él puede pasar por encima del Estado de derecho. Como en el caso de Menem, cuando impuso su reelección en 1994, la “brújula” de Kirchner es su propia voluntad¹⁴.

* * *

“¡Que se vayan todos!” fue el grito de protesta de centenas de millares de ciudadanos contra la clase política argentina, en diciembre de 2001, como respuesta por el confisco derivado de la falencia del Estado. Sin embargo, como no se cansa de recordar Cheresky (2001, 2005), la ciudadanía continúa esperando que le llegue el turno. Mientras tanto, los viejos políticos continúan. Los 23 gobernadores electos en 2003 eran todos políticos de

¹⁴ El discurso de Kirchner en la inauguración del Museo de la Memoria, en el antiguo campo de detención y exterminio de la Escuela Mecánica de la Armada – ESMA, colocó también en evidencia el carácter arbitrario de su voluntad, al afirmar que su gobierno era el primero en enfrentar el tema de los derechos humanos en la Argentina, negando así la decisiva tarea realizada por el gobierno de Alfonsín en esa área.

larga data. La última elección del 23/10/2005 muestra también que la amplia mayoría de aquellos que se eligieron para el Senado o la Cámara eran políticos con amplia experiencia. Ejemplos paradigmáticos: el ex presidente Menem obtuvo el segundo lugar en su provincia, perdiendo contra el candidato de Kirchner, pero aún así fue elegido senador; lo mismo sucedió con la mujer del ex presidente Duhalde, que perdió con la mujer de Kirchner en la Provincia de Buenos Aires, pero también fue elegida para el Senado. Lo que cambió fue la corriente magnética que define para donde van los votos. Al igual que Menem, que no demoró mucho tiempo en magnetizar los votos del electorado a su favor, Kirchner hizo lo mismo, pasando de un 22 por ciento en 2003 al doble en 2005. Un dato interesante de la última elección es que, a pesar de algunas apariencias, ella confirma totalmente la naturaleza movimentista de la política argentina. Kirchner hizo la colecta de sus votos declarándose peronista, aunque sin usar el nombre del partido para presentar a sus candidatas. La sigla de su fuerza política se llamó *Frente para la Victoria*, donde aparte de peronistas había integrantes de otros partidos. Recíprocamente, también había peronistas en otras agrupaciones. Si la fuerza del movimiento está en la debilidad de los partidos, nunca como ahora el movimiento estuvo más fuerte. Sumando los votos de los dos partidos políticos históricos de la Argentina, el peronista y el radical, se llega apenas al 20 por ciento de los votos nacionales. Ese dato es muy relevante cuando se considera que hasta 1999 esos dos partidos sumaban entre ellos un 80 por ciento de los votos, dejando para el resto lo que ellos obtuvieron ahora. Esto significa que, una vez más, el movimiento peronista salió reforzado.

Quiroga (2005) llama fuertemente la atención sobre la importancia del decisionismo (tal como fue definido por Carl Schmitt) para entender la política argentina de las últimas décadas. El título del libro de Quiroga es autoexplicativo: "La Argentina en emergencia permanente". A pesar de que el autor no centra su análisis en el concepto de movimiento (como se hace aquí), sino en el de "decisionismo", existe una profunda convergencia y complementación entre ambos conceptos, desde la perspectiva de sus consecuencias deletéreas para la democracia y las instituciones del Estado de derecho. La tradición republicana argentina del siglo XIX (mediante la cual ningún presidente fue reelegido o aspiró a su reelección) fue olvidada. Hoy Kirchner "es" el centro del Estado y aspira a concentrar el mayor poder posible y a permanecer sentado en el sillón de Rivadavia el mayor tiempo posible. Ese es el papel del líder de un movimiento, como ya se vio antes. Es en este contexto que el gobierno de Kirchner invade y reduce no apenas los campos de acción del mercado, la Iglesia Católica, los partidos políticos y las

Fuerzas Armadas, sino también del parlamento, la justicia e, inclusive, del periodismo. A la lista de hechos ya mencionados en este ensayo se podrían agregar, para finalizar (¡aunque sin cualquier ánimo de completar la misma, dada su extensión!) tres últimos ejemplos: por un lado, la alteración de las reglas del Consejo de la Magistratura y, por otro, dos despidos sin causa justificada, pero de grande violencia simbólica, el del periodista Pepe Eliashev, de Radio Nacional, y el del Mayor Rafael Mercado, del Ejército Argentino, ambos en el último día del año de 2005.

III. Conclusión

La última elección, en 2005, mostró que la Argentina entró en un nuevo ciclo del peronismo. A partir de ahora, el kirchnerismo tendrá que comenzar a administrar su crecimiento y también los conflictos de sus corrientes internas. Son conocidos los planes de Kirchner para quedarse un tiempo largo en el gobierno. Los rumores hablan de cálculos para llegar hasta el 2019, alternándose en el poder con su mujer. Como corresponde a la tradición, los rumores también señalan que Cristina Kirchner se sitúa más a la izquierda que él (hasta se habla del surgimiento de una nueva corriente, llamada “cristinismo”).

A pesar de estar marcado por la experiencia de izquierda de los años '70, el kirchnerismo no tiene aún una identidad claramente definida, mezclando de forma libre las varias vertientes de la herencia peronista. En el contexto del movimiento peronista esto no es un problema, sino una ventaja. El paradigma del discurso peronista continúa siendo aquel que describieron veinte años atrás Sigal y Verón (1986): algo en el cual cabe todo. A lo largo de su vida Perón afirmó “certezas” contradictorias sin tomar partido por ninguna de forma definitiva. Sus mejores discípulos se mantienen fieles a esa enseñanza. Pero una cosa es cierta, después del liberalismo menemista el peronismo ya no tiene más una línea de fuga hacia adelante, ya inventó todo lo que era posible dentro del repertorio existente en la Argentina. Así, el peronismo no tiene hoy condiciones para diferenciarse de su propio pasado; lo cual también quiere decir que la distancia entre peronistas y antiperonistas se acortó a su mínima expresión (en cierta forma, hoy casi todos los actores son peronistas, inclusive los antiperonistas). La Argentina asiste a la apoteosis del movimiento. Esto, hipotéticamente, abre alguna esperanza de mutación profunda de los *habitus*, pero el hecho es que, hasta donde la vista alcanza, por ahora el futuro de la Argentina parece ser el “eterno retorno” de lo mismo.

Bibliografía

- Agamben, Giorgio (2005). "Movement", revista electrónica *Multitudes*, texto disponible en: http://multitudes.samizdat.net/article.php?id_article=1914
- Arendt, Hannah (1959). *The human condition*, Nueva York, Anchor Book.
- Arendt, Hannah (1973). *The origins of totalitarianism*, Nueva York, HBJ Book.
- Bonvecchi, Alejandro (s/d). "Determinismo y contingencia en las interpretaciones políticas de la crisis argentina", s/l.
- Cheresky, Isidoro (2001). "Hipótesis sobre la ciudadanía argentina contemporánea", en Cheresky, Isidoro e Inés Pousadela (eds.), *Política e instituciones en las nuevas democracias latinoamericanas*, Buenos Aires, Paidós.
- Cheresky, Isidoro (2005). "La ciudadanía y la democracia inmediata", s/l.
- Elias, Norbert (1980). *Introdução à sociologia*, San Pablo, Martins Fontes.
- Elias, Norbert (1997). *Os Alemães*, Río de Janeiro, Jorge Zahar.
- Escudé, Carlos (2005). *El Estado parasitario*, Buenos Aires, Lumiere.
- Fausto, Boris y Fernando Devoto (2004). *Brasil e Argentina*, San Pablo, Ed. 34.
- Germani, Gino (1965). *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, Paidós.
- Haroche, Claudine (2001). "Elementos para uma antropologia política do ressentimento", en Bresciani, Stella y Márcia Naxara (eds.), *Memória e (res)sentimento*, Campiñas, UNICAMP.
- Lagos, Martín (2003). "Economía y sociedad", Buenos Aires, FIEL.
- Laqueur, Walter (1979). *Terrorism*, Londres, Little Brown & Co.
- Leis, Héctor Ricardo (2002). "Sobre o ressentimento (e os argentinos)", en *Novos Estudos - CEBRAP*, N° 64.
- Levitsky, Steven (2005). "Democratic survival amidst economic failure", en Hagopian, Frances y Scott Mainwaring (eds.), *The third wave of democratization in Latin America: advances and setbacks*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Mainwaring, Scott y Frances Hagopian (2005). "Introduction: the third wave of democratization in Latin America", en Hagopian, Frances y Scott Mainwaring (eds.), *The third wave of democratization in Latin America: advances and setbacks*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Marson, Izabel (2001). "'Conciliação' e esquecimento: Nabuco e a revolução", en Bresciani, Stella y Márcia Naxara (eds.), *Memória e (res)sentimento*, Campiñas, UNICAMP.
- Nietzsche, Friederich Wilhelm (1978). *Para a Genealogia da Moral*, San Pablo, Abril Cultural (Os Pensadores).
- Palermo, Vicente (2004a). "Entre la memoria y el olvido: represión, guerra y democracia en la Argentina", en Novaro, Marcos y Vicente Palermo (comps.), *La historia reciente*, Buenos Aires, Edhasa.

- Palermo, Vicente (2004b). “Problemas de gobernabilidad en la Argentina actual. Informe de trabajo para el PNUD”, Buenos Aires.
- Quiroga, Hugo (2005). *La Argentina en emergencia permanente*, Buenos Aires, Edhasa.
- Sigal, Silvia y Eliseo Verón (1986). *Perón o Muerte*, Buenos Aires, Legasa.
- Scibona, Néstor (2005). “La política económica de Kirchner”, Buenos Aires, CADAL.
- Terragno, Rodolfo (2005). *La simulación*, Buenos Aires, Planeta.

Palabras clave

Argentina - democracia - movimiento - peronismo - Kirchner

Keywords

Argentina - democracy - movement - peronism - Kirchner

Abstract

The text analyzes the political general conditions of Argentina arising from the peronism. Through the concept of movement, in particular, it will intend to show the effects of peronism on the democratic institutions and practices. The text analyzes the continuities and differences between actors and policies in the several peronist cycles, focusing the current Kirchner’s government.